

MUJERES CON ESPÍRITU EN EL TERCER MILENIO LA HERENCIA DE LAS MATRIARCAS

Dolores Aleixandre RSCJ

Madre, pregunta la hija inteligente
¿Quiénes son tus madres?
¿Cuál es nuestra historia?
Danos un nombre.
Nombra nuestra genealogía.

La que no sabe preguntar
no tiene pasado,
no tiene presente,
no puede tener ningún futuro
sin conocer a sus madres,
sin conocer sus iras,
sin conocer sus preguntas.¹

Como “hijas inteligentes”, nos trasladamos con nuestras preguntas a la cueva de Makpelá, la propiedad que compró Abraham por 400 siclos de plata a de Efrón el hitita para enterrar a Sara, su mujer (Gn 23). También están enterradas allí Rebeca y Lía, no Raquel que murió cerca de Efrata, hoy Belén, y yace bajo una estela que señala el lugar de su sepultura(Gen 35,19). Estamos sentadas a la sombra de las encinas que rodean la cueva y nos disponemos a abrir juntas el legado que nos han dejado aquellas mujeres que edificaron la casa de Israel.

Les dejamos la palabra.

La herencia de Sara

Me alegra reunirme con vosotras en este lugar cargado de memoria e intuyo que lo primero que esperáis heredar de mí es **la risa** y por supuesto que os la dejo, aunque quiero también explicaros sus ventajas y sus límites.

Cuando me asomé con curiosidad a la entrada de mi tienda en Mambré y escuché que iba a tener un hijo, me eché a reír pensando para mis adentros: «*Estando ya gastada ¿voy a sentir placer con un marido tan viejo?*” (Gn 18,12). Era mi manera de posicionarme ante la esterilidad que había llenado mi vida de amargura y como la sabía ya sin remedio, me reí con incredulidad y escepticismo. A lo largo de mi vida muchas curanderas me habían recetado bebedizos y pócimas milagrosas asegurándome la fecundidad, pero nada había sido eficaz para remediar mi esterilidad. Conocía ya los límites de mi vejez y de la de Abraham y sabía que todo estaba perdido. Preferí reírme a lamentarme y mi risa procedía de una lucidez despierta y consciente.

¹ E.M.Poner y Nomi Nimrod. (Citado por Carmen Soto en su intervención en la Asamblea de la Asociación de Teólogas Españolas, Los Negrales 11 de Noviembre 2006)

Cuando os veo a vosotras, mujeres del tercer milenio, pienso que no os viene mal heredar algo de la lucidez de mi risa: estáis atravesando una transición importante, un cambio real de época en medio de tensiones dramáticas y es importante que seáis conscientes de ello. Sois la primera generación de una civilización planetaria pero dividida entre quienes comen y quienes son comidos y esa realidad injusta exige ser asumida como primer dato de verdad. Por eso el primer reto que está ante vosotras es el de quitaros la venda de los ojos y tener la «audacia de saber».²

Para seros sincera, os diré que no me extraña que el desánimo y el escepticismo se apoderen a veces de vosotras. Y más cuando, en medio de ese contexto generalizado de injusticia, la realidad eclesial no contribuye mucho a levantar el ánimo. Hago mío el poema de uno de vuestros teólogos:

Es un sin sentido, dice la razón,
que en la Iglesia sólo varones solteros
puedan ser ordenados.
Los argumentos teológicos cojean de lo lindo.

Es una desgracia, dice el cálculo,
que el movimiento reformador del último Concilio
se esté frenando
y así se dificulte innecesariamente
el caminar de la Iglesia en este tercer milenio.

Es un dolor, dice el miedo,
pues parece que la Iglesia en los países del Norte está perdiendo
su juventud y su futuro.

Es una ilusión, dice el juicio,
que los hombres un día se pronuncien de lleno
por el Sermón de la Montaña
y hagan así que la tierra venga a ser la parábola
del Reino de Dios

Es ridículo, dice el pundonor,
que más de dos mil quinientas Iglesias locales
dejen que una central romana las trate como niñas
y no insistan con más coraje
en el derecho teológicamente fundado
de una variedad en la unidad
y en que a esa unidad y variedad
se les dé una forma estructural

Es una ligereza, dice la precaución,

² Jose Luis Segovia, “Justicia y exclusión social: Perspectiva desde las víctimas” *Nómadas 5: Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas*

que hoy en la Iglesia cada una de las Iglesias locales
quiera hacer y deshacer a su antojo;
que tengamos un pluralismo casi desorbitado
de teologías, creencias, éticas
y usos litúrgicos.
¡Qué poco falta para que se rompa la unidad católica!

Es imposible, dice la experiencia,
que las ricas Iglesias de occidente
se conviertan libremente a la pobreza del Evangelio
y movidas por la amistad y la simpatía
para con las Iglesias pobres del Sur
hagan también suyo el estilo de vida
de las Bienaventuranzas³

Tengo que decir que el poema no está completo y que va repitiendo una y otra vez: *Es lo que es, dice el amor*. Y yo me uno también ahora a esa confesión esperanzado aunque reconozco que hubo un tiempo en que vivía refugiada en la convicción de que ante mi esterilidad “nada se podía hacer” y no supe llegar directamente a ese amor. Pero el Santo, bendito sea, me visitó y su pregunta cuestionó mi amarga impotencia y mi resignación ante lo inevitable: *¿Por qué se ha reído Sara? ¿Acaso hay algo imposible para Dios?*

Esa fue la pregunta inquietante que atravesó mi alma aquella tarde calurosa en el encinar de Mambré. Tuve miedo, no porque me sintiera amenazada, sino porque sabía que aquellas palabras me empujaban fuera de mi incredulidad y de mi desánimo, me sacaban del horizonte estrecho de mis propios límites y me invitaban a adentrarme en una tierra para mí desconocida: la de una fe y una esperanza a las que no estaba acostumbrada.

Cuenta un *midrash* que Abraham, mi esposo, le dijo al Señor: “He visto escrito en las estrellas que no tendré hijos”. Pero el Señor le dijo: “Sal de tu horóscopo, Abraham, sitúate por encima de los cielos y por encima del sol...”⁴

Sentí que esas palabras también estaban dirigidas a mí: - “Sal de la tierra de tu escepticismo y de tu desánimo, Sara, ve más allá de las constataciones de tu lucidez, recuerda que allí donde terminan tus posibilidades, empiezan las de Dios”.

Por eso os dejo en herencia la llamada apremiante a explorar qué significa para vosotras hoy esa afirmación de que *“no hay nada imposible para Dios”*. ¿No será la convocatoria a vivir una **esperanza absoluta**⁵? ¿No será frecuentar los lugares en los que arraiga? García Roca llama a

³ Medard Kehl SJ, *¿Adónde va la Iglesia? Un diagnóstico de nuestro tiempo*. Sal Terrae, Santander 1997, p.17

⁴ Josy Eisenberg, Benno Gross, “*Un Messie nommé Joseph*”, Paris 1983, 88

⁵ Miguel García Baró recuerda un mito judío que los sabios de Israel llaman *héster panim*, el oscurecimiento del Rostro de bendición; pero este eclipse de la luz tiene un significado providencial: es la manera en que conviene a la historia ahora que Dios la visite, y lo esencial es no desatender la visitación divina en el momento casi secreto, sutilísimo en el que se produce. La reacción creyente sólo puede ser de máxima atención a lo que sucede, de máxima sinceridad respecto de las señales históricas, porque esto es sólo una parte irrenunciable de la fidelidad a Dios mismo. No tomar en vano ahora mismo el nombre de Dios significa explorar lo que significa la esperanza absoluta. En situaciones en las que la esperanza parece haber huido, lo normal es que la lucidez desemboque en falta de esperanza y para eso no hay otro camino que la que ha habido y habrá siempre: reconocer profundamente en qué grado se es hijo del propio tiempo y establecer, como en el otro extremo del arco de la existencia, la autenticidad de lo que significa una vida ante Dios, para permanecer en adelante en el trabajo de esa tensión. (“El silencio sobre Dios en la cultura actual”: *Corintios XIII* n° 116, Octubre-Diciembre 2005 pp 113-132)

esos lugares "las experiencias humanas de muerte en medio de vida, de abandono en medio de la abundancia, de soledad en medio de la comunicación, de pobreza en medio de la prosperidad, de penalidades en medio de la buena suerte. Esas situaciones límite que irrumpen en lo cotidiano las que rompen inercias, despiertan todo aquello que está dormido y generan discursos y prácticas esperanzadas. En ellas se nos muestra aquello que necesita ser recreado desde las víctimas, la necesidad imperiosa de confiar en alguien y de esperar algo. El tejido de la esperanza se construye con materiales elaborados desde el sufrimiento de las víctimas y tiene un alcance universal ya que, si ellas han podido y sabido esperar, todos podemos hacerlo. Si la esperanza se nos ha dado para intentar caminar, es a los caminantes y no a los instalados a donde hay que dirigir la mirada para preguntar cómo esperan y cómo desesperan, en quién confían y a quién temen"⁶.

Y junto a esa herencia de esperanza, os dejo también el tesoro del nombre de Dios que Él mismo quiso revelarme, no con palabras, sino a través de la realidad misma de mi vida. Y permitidme que os diga que estoy orgullosa de haber sido la primera teóloga (debería ser vuestra presidenta honorífica y perpetua...) cuando dije al nacer Isaac: *Dios me ha hecho reír y los que lo oigan reirán conmigo (Gen 21,6)*

Al pensar así de Dios, estaba reconociendo que, finalmente, había sido Él quien había reído el último y con ello estaba poniendo, sin saberlo, los fundamentos para una teología de la esperanza.

Con la debida modestia tengo que añadir que Kart Rahner ha necesitado muchas más palabras (y en alemán) para decir lo mismo:

“Desde el centro del mundo, en el que Él se adentró al morir, construyen las nuevas fuerzas una tierra transfigurada. En lo más profundo, la realidad ya ha sido vencida la banalidad, el pecado y la muerte pero se requiere todavía el pequeño tiempo que llamamos la historia después de Cristo hasta que en todas partes, y no solo en su cuerpo, se deje ver lo que ya ha acontecido realmente. Porque Él no comenzó a salvar, a curar, a transfigurar el mundo en los síntomas de la superficie sino en las raíces más internas, nosotros, gentes de la superficie, pensamos que no ha pasado nada. Porque aún siguen corriendo las aguas del sufrimiento y de la culpa suponemos que aún no ha sido vencido el manantial del que brotan. Porque la maldad sigue trazando arrugas en el rostro de la tierra, deducimos que en el corazón más profundo de la realidad ha muerto el amor. Pero todo es apariencia, aunque la tomemos por la realidad de la vida. Resucitado, está en el esfuerzo anónimo de todas las criaturas que, sin saberlo, se esfuerzan por participar en la glorificación de su cuerpo. Está en cada lágrima y en cada muerte como el júbilo y la vida escondidos que vencen cuando parecen morir. Por eso nosotros, hijos de esta tierra, tenemos que amarla. Aunque sea todavía terrible y nos torture con su penuria y su sometimiento a la muerte” (K. Rahner).

Por ese tipo de esperanza rendida y a la vez activa tendréis que transitar si pretendéis ser mujeres con Espíritu en el tercer milenio.

Un último legado que os confío y que tendréis que administrar con audacia y prudencia por lo infrecuente de su presencia en la teología: el recuerdo de que el verbo *sa`aq*, además de reír, significa también “danzar” y para invitaros a que os adentréis en esa **danza**, tomo prestadas las palabras de Rumi, aunque a mí me separan de él dos milenios y a vosotras siete siglos:

¡Oh, ven! Eres el ciprés erguido
en el jardín florecido de la ronda vertiginosa.

⁶ Cf. J.García Roca-Aranival Said Rovira, *Paisaje después de la catástrofe. Códigos de la esperanza*, Santander 2004, p.54

¡Oh ven, porque no ha habido nunca
ni habrá nadie como tú!

¡Posees miles de estrellas de Venus
en el torbellino giratorio de los cielos!

¡La ronda celestial canta tus alabanzas y su gratitud
con cientos de lenguas elocuentes!

Trataré de traducir una palabra o dos
del lenguaje secreto de la danza cósmica.

Porque cuando entras en la danza
abandonas ambos mundos,
y más allá de estos dos mundos
está el universo infinito de la ronda vertiginosa.

La excelsa bóveda de la séptima esfera
parece inaccesible,
y, sin embargo, mucho más allá de esta bóveda sublime
se levanta la escala de la ronda vertiginosa.

Todo lo que existe, es sólo Él,
y hacia allí se dirigen tus pasos de baile.

El torbellino de la ronda, ya ves, te pertenece,
y tú perteneces al torbellino de la ronda.

¿Qué puedo hacer cuando el Amor aparece
y clava su garra alrededor de mi cuello?

¡La tomo, y la coloco sobre mi pecho,
y la arrastro hacia la danza!

Y cuando el pecho de los átomos
relumbra con el resplandor del sol,
todos entran en la danza, la danza,
y no se quejan de su ronda vertiginosa⁷.

Os deseo de todo corazón que seáis mujeres arrastradas por el torbellino de la danza de Dios.

La herencia de Rebeca

Quizá os sorprenda escuchar que la herencia más valiosa que pretendo dejaros es mi familiaridad con el Señor, mi costumbre de acudir a Él también en aquel momento crítico de mi vida en que me quedé embarazada y los gemelos que llevaba en mi vientre se agitaban violentamente dentro de mí. *En estas condiciones ¿vale la pena vivir?*” pensé (Gn 25,22). Y me fui en busca del Dios que empezaba a conocer en el clan de mi esposo Isaac. Aún no sabía mucho de él porque yo venía de adorar a los dioses de Aram Naharayim, pero acudí al que llamaban El Saddy llena de confianza y segura de que iba a prestarme atención y darme una respuesta.

Y mi legado para vosotras es el de frecuentar el trato con el Señor sin perder nunca el contacto con él. Haced de la búsqueda constante de su Rostro y su Palabra vuestra actividad más

⁷ Mawlana Rumi. Citado por Luce López Baralt-Lorenzo Piera, *El sol a medianoche. La experiencia mística: tradición y actualidad*, Madrid 1996, 225-226

habitual y cotidiana para que se os va haciendo connatural esa referencia constante y esa **afinidad** con Él, de tal manera que sean sus criterios y preferencias los que configuren vuestra mentalidad.

No os olvidéis de acudir a consultarle en aquellos momentos de vuestra vida en los que estéis perplejas o desoladas pero estad también dispuestas a que sus pensamientos y sus caminos no coincidan con los vuestros. Recuerdo bien lo que me contó Eleazar, el siervo que envió Abraham a buscar esposa para Isaac: mientras yo sacaba agua del pozo para dar de beber a sus camellos, él me contemplaba en silencio, atento a que el Señor le diera un signo de si era yo la mujer elegida (Gen 24,21). Es a esa actitud vital a la que os invito: a vivir despiertas y atentas, contemplando silenciosamente la realidad para encontrar en ella las señales de Dios y acertar con ellas.

Y el "guiño" que recibí del Señor cuando acudí a Él, fue esta palabra escuchada en lo hondo de mi corazón: *Dos naciones hay en tu seno, dos pueblos se separan en tus entrañas; uno será más fuerte que el otro y el mayor servirá al menor* (Gn 25, 22-23).

Aquella revelación me dejó desconcertada: ¿Qué Dios era aquél que ponía al menor por encima del mayor y al importante por debajo del insignificante? Decidí dar acogida a aquella extraña elección y por eso se me inclinó el corazón hacia Jacob, el que nació el último agarrado al talón de su hermano, mientras que Isaac prefería a Esaú (Gn 25, 22-23. 28). Me di cuenta de que coincidir con El Saddy era más importante que seguir los criterios de mi clan, el mismo de todos los pueblos que nos rodeaban. Por eso tejí la trama que llevó a Jacob a apoderarse de la bendición reservada al primogénito: fue mi manera de coincidir con las preferencias de Dios, aunque era consciente de los peligros que implicaba. Siempre fui una mujer decidida y luchadora a quien no asustaron los conflictos con tal de conseguir lo que quería y que no me dejé encerrar en los estereotipos y "lugares normativos" que pretendían asignarme por ser mujer. Los que a lo largo de la historia han hablado de mí, han ponderado siempre la servicialidad ejemplar con que di de beber a los diez camellos de Eleazar (os hago notar que cada camello puede beber de un solo buche unos 24 litros, así que imaginaos el número de veces que tuve que bajar a la fuente a llenar mi cántaro...). En cambio no suelen resaltar lo arriesgado de mis decisiones: cuando mi hijo Jacob se resistía a presentarse ante Isaac simulando ser Esaú, le dije: *Yo cargo con la maldición, hijo mío. Tú obedéceme y haz lo que te digo* (Gn 27,13).

Algo de esa capacidad mía de **decisión** quisiera transmitirlos, junto con la valentía de correr riesgos con tal haceros afines con las preferencias de Dios y que se os vayan inclinando el corazón y la vida, cada vez más espontáneamente, a los que tienen todos los poderes en contra y que son la niña de los ojos de Dios.

Os dejo también algo de mi arte de **tejer tramas** y pequeñas redes por las que puedan acceder a la bendición aquellos que parecen estar excluidos de ella. Vosotras vivís ahora en tiempos de redes (¡las que hubiera creado yo de haber vivido en el tercer milenio!) así que podéis haceros expertas en ese arte y emplear toda vuestra creatividad y energía en crearlas, apoyándoos unas a otras. Y si vuestra atención está dirigida fuera de vosotras mismas, os libraréis de ese ensimismamiento competitivo y aséptico que tanto amenaza a la teología.

Quizá os parezcan acciones insignificantes que, como reconoce Eduardo Galeano, "no acaban con la pobreza, no sacan del subdesarrollo, no socializan los medios de producción ni expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá desencadenen la alegría de hacer y la traduzcan en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable".

La herencia de Lía

De entre las cuatro matriarcas, soy yo, Lía, la que menos interés y simpatías despierta, como si mi nombre continuara marcado por el desamor de Jacob mi esposo que siempre prefirió a Raquel. Nunca le sentí atraído hacia mí, quizá porque mis ojos eran lánguidos y no chispeantes como los de mi hermana. Pero nunca me dejé vencer ni abatir por no conseguir su amor, sino que luché incansablemente por encontrar una salida que no me encerrara en la amargura ni el desánimo y debió ser por mi negativa a hundirme en el fracaso o porque, como afirma Martin Buber, “éxito no es ninguno de los nombres de Dios”. Sea por lo que sea, la realidad es que Él me hizo fecunda y ese fue mi gran triunfo: di a luz seis hijos y una hija y otros dos que nacieron de mi esclava Zilpá.

No os echéis a temblar pensando que voy a dejaros como herencia el engendrar una prole numerosa: me inclino a pensar que no estáis especialmente interesadas en ello, algunas por su opción celibataria y otras por causas que no soy quién para juzgar... Lo que quiero entregaros como un legado precioso es la **sabiduría de gestionar el fracaso y el éxito**, esas realidades humanas que revelan lo mejor y lo peor de cada hombre o mujer. Frente a las voces que vinculan éxito con riqueza, eficacia, honor y poder, y fracaso con lo contrario, lo que yo os propongo es un camino alternativo: el que relaciona vida lograda con agradecimiento y con amor recibido y entregado, llamando sólo fracaso a la soledad y al egoísmo, y no a la falta de resultados obtenidos.

No conseguí el amor preferencial de Jacob pero el desamor no me derrotó y mi manera de lograr la victoria fue dejar que el Señor me otorgara la fecundidad y que mi éxito no me llevara a apropiarme del don recibido, sino que se convirtiera en **agradecimiento** y alabanza dirigidos a Aquel que es la fuente de toda bendición. En cada uno de mis hijos reconocí un regalo especial de Dios y quise que en sus nombres apareciera esa referencia que nos vinculaba a mí y a ellos con el Señor: con Rubén confesé: *Dios ha escuchado mi aflicción*; con Simeón proclamé: *“Me ha oído el Señor”*; en el nombre de Judá estaba la marca de mi acción de gracias y en el de Dan la de la justicia de Dios; a Zabulón lo llamé así para que todos supieran el regalo que me había hecho Dios y con Isacar reconocí que Él me recompensaba con creces (Gen 29, 6.20.23.32). Tenéis derecho a preguntarme por qué no me alegré tanto con el nacimiento de Dina, mi única hija: por aquel entonces yo no sabía nada de teología feminista; de otro modo me hubiera comportado de haber leído vuestras obras o escuchado vuestras conferencias...

De todas maneras me reafirmo en mi decisión de deseáros de todo corazón la resistencia ante los fracasos y que, cuando consigáis logros y triunfos, no los retengáis con avidez buscando haceros un nombre, sino que lo mismo que Myriam, o Débora o Judit, todo eso se convierta en canción y un himno a la gloriosa generosidad de nuestro Dios.

La herencia de Raquel

Mi nombre en hebreo significa "cordera" pero mi vida no ha sido nunca reflejo de la mansedumbre y la inocencia que mi nombre parece evocar. Siempre fui rebelde e insatisfecha y ni siquiera el amor incondicional que me demostró Jacob me bastó para acallar y sosegar mis deseos.

La esterilidad me confinaba en la muerte y en la desolación y me sellaba con el signo del castigo de Dios (cf. Gen 20,18), imposibilitándome para ser digna compañera de mi marido. Por eso le exigí un día con angustia: *“¡Dame hijos o me muero!”*, pero sólo obtuve una respuesta irritada remitiéndome a quien es el origen de toda fecundidad: *“¿Hago yo las veces de Dios para negarte el fruto del vientre?”* (Gen 30,1-2).

Cuando por fin me quedé embarazada y parí el hijo que me liberó de mi vergüenza, lo llamé José que significa: “que el Señor me añada (otro hijo)”. Así que el pequeño José creció con la conciencia de ser un portador de esperanza y a la vez con la sensación de estar incompleto, de “no ser bastante” . No todo era negativo en mi insatisfacción: expresaba también mi negativa existencial a conformarme, a instalarme, a dejar de desear algo más. Mi mayor empeño fue el de generar vida a costa de lo que fuera y eso me mantuvo siempre expectante y en marcha, desvelada y al acecho, domiciliada en lo penúltimo. Es esta la **insatisfacción** que os dejó en herencia, el deseo continuo, insaciable e incontenible que impide dejar de buscar, de preguntar, de querer ir siempre más allá, sin contentarse nunca con lo ya sabido, aprendido o conseguido.

Y para que no me encerréis solamente en la insatisfacción, recordad aquella escena de mi travesura robando los idolillos a Labán, mi padre. Ibamos de huida y necesitaba decirle sin palabras cuánto despreciaba aquellas figurillas a las que él atribuía poderes mágicos y que eran para mí, que ya conocía al verdadero Dios, símbolos de abominación, dioses que tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen... Así que se los quité y como sabía que él vendría a buscarlos a mi tienda, los coloqué sobre la montura de mi camello y me senté encima. –*No se enfade mi señor si no puedo levantarme; es que me ha venido la cosa de las mujeres*(Gen 31,32). Aún me río al recordarlo y me alegro de haber encontrado a través del humor un modo de mostrar mi desprecio a todo lo que pretenda rivalizar con el Dios vivo. Os hago entrega, por tanto, de un **humor** que os ayude a restablecer las auténticas dimensiones de lo humano y de sus problemas y a conceder a cada cosa la importancia que se merece. Servíos del humor para llevar vuestra razón un poco más allá de lo razonable y para percibir lo débil y poco nítida que es la línea convencional que separa el discurso serio del que no lo es.

El humor es un hermano menor de la fe y ambos ofrecen siempre un modo alternativo de reaccionar ante las incongruencias de la existencia: el humor se ocupa de las incongruencias inmediatas de la vida y la fe de las incongruencias últimas, pero ambos son expresiones de la libertad del espíritu humano, de la capacidad para tomar distancia de la vida y de uno mismo y de afirmar de manera rotunda que la existencia tiene sentido.

Dejad que la fe y el humor os lleven de la mano a la tierra de lo inimaginado y lo increíble, que os adentren en un mundo regido por una leyes distintas, libres de todos los pesos que os abrumen, con el atrevimiento de afirmar gozosamente la vida⁸.

Aún pongo en vuestras manos otro legado más que es mi **compasión**, porque es ella la que me ha hecho permanecer viva en la memoria de mi pueblo desde que Jeremías profetizó:

*En Ramá se escuchan gemidos, llanto amargo:
es Raquel que llora inconsolable por sus hijos,
porque no viven.
Por eso, así dice el Señor:
Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto,
porque hay paga para tu trabajo
- oráculo del Señor-,
volverán los hijos a su territorio. (Jer 31,15-17)*

⁸ Cf. R. Niebuhr, *Discerning the Signs of the Times*, NY Scribner 1946, III y ss. Citado por P.Berger, *Risa redentora, La dimensión cómica de la experiencia humana*, Barcelona 1999; Cf. H. Rahner, *El hombre lúdico*, Valencia 2002

Para los sabios de Israel, desde mi sepultura en el camino de Belén, lloro aún a mis hijos que van camino del exilio y nuestros sabios afirman que, cuando llegue Aquel cuyo nombre es Menahem, Consolador, lo primero que hará será visitar mi tumba porque yo nunca aceptaría consolación más que del Mesías mismo. Y cuando reciba sus consuelos, me levantaré y le abrazaré y la luz inundará entonces el mundo, empezando por Jericó.⁹

¿Estáis dispuestas a haceros cargo de esta herencia de mi compasión? No tengáis miedo, lo vuestro no es conquistarla sino recibirla, ni la conseguiréis a base de esfuerzos: es Dios mismo quien puede alcanzaros con su compasión. Si confiáis en vuestros propios recursos limitados, el sufrimiento os asustará e intentaréis evitar las situaciones dolorosas. Pero si consentís en ser partícipes de la compasión del Mesías, podréis descender con él hasta los infiernos del mundo y uniros a su tarea de consolar.

Sed mujeres compasivas y apasionadas, porque un corazón sin pasión renuncia a sufrir y a vivir en plenitud. Como ha dicho recientemente una de vosotras, tomad la decisión consciente de prestar atención a la realidad, de deteneros ante las personas y las situaciones para atenderlas con esmero, pero también para dejaros captar y afectar por ellas, más aún, para dejaros transformar. Y recordad que la mirada compasiva es una "compasión simétrica", porque la relación de amor y de interés efectivo ha de darse entre iguales y eso genera un movimiento de ida y vuelta, de dar y recibir.¹⁰

Os invito a pasear la compasión por vuestros ojos (qué leéis, a qué fuentes de información acudís, en qué tipo de personas os fijáis, qué lecturas preferís...); por vuestros oídos (qué voces, opiniones y juicios tienen más influencia en vosotras, de qué medio social proceden, desde qué experiencia hablan...); vuestros pies (qué lugares frecuentan, a quiénes visitan, dónde se detienen, de dónde escapan...); vuestras manos (para quiénes trabajan, a quiénes sirven, con qué situaciones contactan...); vuestro corazón (hacia quiénes se inclina, por quiénes se conmueve, por qué causas se apasiona...) Y, al acabar el recorrido, reconoced esos rostros y esos lugares como privilegiados para entrar en comunión con el Compasivo y "tener parte con Él" (Cf. Jn 13,8).

Pero fue al final de mi vida cuando supe hasta dónde iba a tener que llegar en esa comunión: mientras íbamos de camino, sentí los dolores del parto de mi segundo hijo e intuí oscuramente que mi propia vida estaba amenazada y que iba a hacerse realidad aquella súplica desgarrada que había hecho a Jacob: *¡Dame hijos o me muero!*. Y al presentir que iba a morir a causa de aquella fecundidad que había deseado tanto, sentí que estaba entrando en la nube de un profundo misterio: era precisamente a través de mi muerte por donde iba a abrirse camino la vida de otro, e iba a ser mi desapropiación la que haría posible su alumbramiento. Por eso le llamé Ben Oní, "hijo de mi aflicción", para expresar mi consentimiento a que su existencia pasara por delante de mi dolor. Jacob no supo entenderlo y se apresuró a llamarle Ben Yamin, "hijo de mi diestra, es decir, de mi fortuna". Quizá estábamos diciendo lo mismo y los dos anticipábamos esa Pascua que sólo se haría luminosa en la persona del Mesías (Gen 35,16-20)¹¹.

⁹Zohar, Trad. C.Mopsik, Lagrasse, Verdier 1981, p.127

¹⁰ Elisa Estévez, "La mirada compasiva como elemento de cohesión social. Un punto de vista teológico: *Ciencia Tomista* 133 (2006) 101-124

¹¹ Cf. Bruna Costacurta, *La vita minacciata. Il tema de la paura nella Bibbia Ebraica*, Roma 1988 pp. 162-167

Aquí tenéis, por tanto, la herencia de cuatro mujeres que os precedimos: ponemos en vuestras manos *la risa, la esperanza, la danza, la afinidad con Dios, la decisión, el arte de tejer tramas, la sabiduría de encajar fracasos y éxitos, la insatisfacción, el humor y la compasión.*

Es una hermosa Torah femenina, promulgada no desde la altura del Sinaí, sino desde las entrañas de la tierra de esta cueva de Makpelá y de la tumba de Raquel en Efratá.

Os invitamos a echar a andar por los caminos del tercer milenio llevadas por las dos alas de esa Torah que es la riqueza de vuestra herencia.

Que os acompañe el ánimo que comunica el Espíritu del Viviente y que os sirvan de guía nuestras propias huellas.

Las huellas de cuatro mujeres que recorrimos esos caminos antes que vosotras.